

Hojitas de Fe

Permaneced en Mí

190

9. Vida espiritual

Cuarto título de la Vida Interior La Maternidad espiritual de María

Por la vida de la gracia no sólo entramos en íntima sociedad con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino también con todas aquellas almas que viven en gracia de Dios; y, en primer lugar, con la Santísima Virgen, que por una disposición manifiesta de la Providencia, pasa a ser tan realmente nuestra Madre en el orden sobrenatural como Dios es nuestro Padre.

En efecto, la obra de nuestra regeneración espiritual y de nuestra elevación a la vida divina es ante todo el don de Dios: • don de Dios Padre, que en el misterio de la ENCARNACIÓN nos envía a su Hijo único «para darnos el poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn. 1 12); • don de Dios Hijo, que en el misterio de la REDENCIÓN nos vuelve a abrir las fuentes de la vida sobrenatural; • don de Dios Espíritu Santo, que en el misterio de la SANTIFICACIÓN nos aplica los frutos de la Redención. Ahora bien, Dios ha querido realizar cada uno de estos tres misterios con la intervención real y efectiva de María, que por eso mismo queda constituida Madre nuestra. En otras palabras, la maternidad espiritual de María Santísima es una consecuencia de la cooperación que las tres divinas Personas pidieron a María en los tres misterios de la obra de nuestra regeneración espiritual, la Encarnación, la Redención y la Santi- ficación, a los que Ella quedó íntimamente asociada.

1º La Maternidad espiritual de María, inaugurada en la Encarnación.

Dios Padre sólo decide el misterio de la Encarnación, principio y punto de partida de nuestra regeneración, con el consentimiento deliberado y con la cooperación efectiva de María. Por este misterio asocia a María a la vez a su paternidad de naturaleza sobre Cristo, y a su paternidad de gracia sobre el cuerpo místico que Cristo viene a fundar. *La Maternidad divina de María Santísima es el primer fundamento de su Maternidad espiritual.*

Y es deliberada y voluntariamente, por efecto de un amor incomparable hacia nosotros, que María, desde la Encarnación, se convierte en nuestra Madre al mismo tiempo que en Madre de Jesucristo, y tan realmente en Madre nuestra como en Madre de Jesucristo. En efecto, María está familiarizada con la Sagrada Escritura; Ella está llena del Espíritu Santo; Ella se encuentra admitida en ese momento en el consejo de la adorable Trinidad; Ella ve a la luz divina, y decide de común acuerdo con

el Padre, el misterio de la Encarnación, hasta su resultado inmediato, la Redención, y hasta sus últimas consecuencias, en su aplicación a cada uno de nosotros en el misterio de la Santificación. En esa hora María se convierte, sabiéndolo y queriéndolo, en Madre del cuerpo natural y del cuerpo místico de Cristo, al precio del sacrificio del Calvario entrevisto y consentido; en Madre de la Cabeza y de los miembros; en Madre de Jesús, el «Primogénito», y de la multitud de hermanos a los que El hará partícipes de su vida; en resumen, en Madre del «Cristo total», es decir, de Jesús y de nosotros, en cuanto que somos llamados a vivir de su vida.

2º La Maternidad espiritual de María, realizada (de derecho) en la Redención.

En el misterio de la Redención, Dios Hijo nos vuelve a abrir las fuentes de la vida sobrenatural, pero sólo lo hace con la cooperación bien real de María. Su «*fiat*» el día de la Anunciación lo constituye en el estado de víctima pasible y mortal; por sus manos inaugura oficialmente, el día de la Presentación, su ofrenda en el Templo; y con su cooperación dolorosa consuma, en el Calvario, el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre que de Ella obtuvo para este fin. *La Corredención es para María el segundo fundamento de su Maternidad espiritual.*

Por lo tanto, María aparece en el Calvario como la «Nueva Eva», cooperando con el «Nuevo Adán» a la regeneración del género humano. Abriendo con Jesús y por Jesús la fuente de la salvación, esto es, de la vida sobrenatural, a todos los hombres, Ella se convierte de derecho en la Madre de todos ellos. Y por eso, en esa hora solemne, Jesús la proclama Madre nuestra: «Ahí tienes a tu Madre»; palabra todo-poderosa que eleva el corazón de María a la altura de su Maternidad espiritual.

3º La Maternidad espiritual de María, consumada (de hecho) en la Santificación.

El Espíritu Santo santifica nuestras almas, mediante la efusión de sus gracias, con la cooperación incesante de María. Puesto que toda gracia procede del «*fiat*», lleno de caridad, que María pronunció el día de la Anunciación, y de los méritos del Sacrificio del Calvario, obra conjunta de Jesús Redentor y de María Corredentora, el Espíritu Santo no quiere aplicarnos ninguna gracia sin la mediación actual de Jesús, nuestro Abogado ante el Padre, y de María, nuestra Abogada ante Jesús. Por eso la Iglesia ha proclamado siempre a María «*Tesorera, Canal y Dispensadora de todas las gracias*». Y como la gracia es la vida del alma, *la Mediación universal de todas las gracias* convierte a María en Madre de todos los que reciben la vida divina. *Tal es el tercer fundamento de la maternidad espiritual de María.*

El Espíritu Santo, pues, nos hace nacer a la vida espiritual y crecer en ella «en el seno de la ternura materna de María», es decir, bajo la influencia incesante de sus méritos anteriores unidos a los de Jesús, y de su intercesión actual unida a la de Jesús; en una palabra, bajo la influencia de su caridad materna. Por lo tanto, es

cierto decir del cristiano como de Cristo, del miembro como de la Cabeza, del cuerpo místico como del cuerpo natural de Jesús: «Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de María Virgen».

4º Perfección de la Maternidad espiritual de María.

La Maternidad espiritual de María, por su propia naturaleza, es infinitamente superior a la maternidad de nuestras madres de la tierra:

1º Por la vida que recibimos de María: de Ella recibimos una vida SOBRENATURAL, que consiste en una participación de la vida de Dios, destinada a desarrollarse plenamente en la bienaventuranza eterna del cielo; mientras que nuestras madres según la carne nos comunican sólo una vida NATURAL, destinada a morir. Además, ¿de qué nos serviría la vida natural por sí sola, si no la coronáramos con la vida sobrenatural? Nos conduciría a la muerte eterna del infierno, es decir, a la más grande e irreparable de las desgracias.

2º Por la forma como la recibimos de María: después de haber recibido la vida natural de nuestras madres, podríamos crecer y progresar en ella sin su ayuda, y siempre acabamos prescindiendo de ellas; mas no sucede así con la Santísima Virgen: no sólo debemos al concurso real y activo de María nuestro nacimiento a la vida sobrenatural por el bautismo, sino también nuestro mantenimiento y crecimiento en esta vida; o la resurrección a esta vida por la penitencia, si tuviésemos la desgracia de perderla por el pecado; y, finalmente, nuestra perseverancia en esta vida, es decir, su desarrollo final y definitivo, en la vida de la gloria en el cielo.

3º Por el amor que María nos profesa: a diferencia de nuestras madres en el orden natural: • María se convierte en nuestra Madre SABIÉNDOLA Y QUERIÉNDOLA, por efecto de un amor incommensurable, y al precio de un martirio inenarrable y del sacrificio de su divino Hijo; • y este amor de Madre, Ella lo tiene íntegramente A CADA UNO DE NOSOTROS, como si fuera el único objeto de su solicitud; • y el amor que Ella nos profesa no es otro que EL AMOR QUE ELLA TIENE A JESÚS, su divino Primogénito, nuestra divina Cabeza. En efecto, Dios da sus dones en proporción de la vocación de cada uno; y puesto que quiso asociar a María a su paternidad de naturaleza sobre su Hijo hecho hombre, y a su paternidad de gracia sobre todos los que debían convertirse en hijos suyos por la vida sobrenatural, derramó en el corazón de la Virgen su propio amor, bajo la forma más atractiva, tierna y misericordiosa, como convenía a una madre y a la más perfecta de las madres.

Conclusiones prácticas para la Vida Interior.

1º El hombre interior vive animado por una tierna y sólida devoción a María Santísima, y ello por tres motivos principales:

• **Por la unión de María con Dios.** En efecto, el culto debido a un santo se mide ante todo por su unión con Dios; ahora bien, la unión de María con Dios es excepcional, por haber sido elegida por Dios como la «Nueva Eva» del «Nuevo Adán», esto es, la colaboradora y ayuda de Cristo en toda su obra redentora; lo cual hace que María esté siempre y en todas partes junto a Cristo, por su Maternidad divina, su Corre-

dención y su Mediación universal. Esta es la razón por la que la Iglesia tributa a María un culto especial, de un orden aparte, y que llamamos de HIPERDULÍA: por él quiere honrar a la Virgen María en su condición de Asociada indisoluble de Cristo en la obra redentora, y reconocer la excelencia que María tiene por esta singular unión con Dios.

• **Por la misión que María ha recibido de Dios.** El culto debido a un santo se mide, en segundo lugar, por la misión que ha recibido de Dios; ahora bien, María ha sido destinada por Dios para engendrarnos a la vida de la gracia y hacernos crecer en ella, esto es, para ser la verdadera «Madre de todos los vivientes» (Gen. 3 20). Y ya que María Santísima es realmente nuestra Madre en el orden espiritual, el culto de hiperdulía que le debemos ha de revestir la forma de una verdadera PIEDAD FILIAL, que nos lleve a honrarla y venerarla con disposiciones eminentemente filiales.

• **Por nuestra obligación de imitar a Jesucristo.** El tercer motivo es nuestra obligación de imitar las mismas virtudes que practicó Jesucristo (Jn. 13 15) y reproducir en nuestras almas sus mismos sentimientos (Fil. 3 5); ahora bien, como una de las principales virtudes de que nos dio ejemplo Nuestro Señor fue la piedad filial a su Santísima Madre, hemos de tener hacia la Virgen María los mismos sentimientos que el Corazón de Jesús tuvo hacia Ella. Y así, nuestra piedad filial mariana ha de ser UNA EXTENSIÓN DE LA PIEDAD FILIAL DE JESÚS. Por eso, inspirándonos en San Pablo (Col. 1 24), podemos decir con verdad que debemos «cumplir en nosotros lo que falta a la piedad filial de Cristo»; y, si somos fieles al espíritu de nuestra devoción mariana, podremos añadir: «Amo a María, no yo, sino que es Cristo quien la ama en mí» (Gal. 2 20).

2º Para ser verdadera y revestir su forma más perfecta de piedad filial, San Luis María resume a cinco las **cualidades de la devoción a María**:

- **Devoción interior:** nacida del espíritu y del corazón, y que lleve nuestra alma a hacerse interiormente dependiente y esclava de la Santísima Virgen, y de Jesús por Ella.
- **Devoción tierna:** llena de confianza en la Santísima Virgen, de modo que nos haga recurrir a María en todas las necesidades de alma y cuerpo, en todo tiempo, lugar y cosa, con gran sencillez, confianza y ternura.
- **Devoción santa:** a base de evitar el pecado e imitar las virtudes de María.
- **Devoción constante:** que consolide al alma en el bien, haciendo que no abandone fácilmente sus prácticas de devoción; dándole ánimos para oponerse a los asaltos del mundo, demonio y carne; haciéndole evitar la melancolía, el escrúpulo y la timidez; y dándole fuerzas contra el desaliento.
- **Devoción desinteresada:** que no sirva a María por espíritu de lucro o interés, ni por el propio bien temporal o eterno, tanto de cuerpo como de alma, sino únicamente porque Ella merece ser servida, y Dios en Ella; por eso igual amor le profesa en el Calvario que en Caná, y con la misma fidelidad la sirve y ama en sus contratiempos y sequedades que en las dulzuras y fervores sensibles.